

OBITUARIO

Un gigante de la filosofía; W. v. O. Quine: 1908-2000

Manuel Garrido

El día de Navidad del último año del siglo XX falleció a la edad de noventa y dos años en Boston, su ciudad de residencia, el lógico y filósofo norteamericano Willard van Orman Quine.

Con él pierden América y el mundo uno de los más grandes y originales pensadores que han brillado desde la guerra contra el nazismo. Por su edad, que recorre como la de Popper o Gadamer el siglo transcurrido, Quine tuvo el privilegio de poder visitar Europa cuando aún no estaba dividida, justo cuando, al filo de la década de los treinta, vivía uno de sus mejores momentos el desarrollo de la lógica matemática como herramienta por excelencia de la ciencia y la filosofía. El joven americano frecuentó en Viena los círculos del positivismo lógico y visitó a los miembros de las escuelas lógicas de Varsovia y de Praga, codeándose desde temprana edad con grandes del pensamiento del calibre de Alfred N. Whitehead, Bertrand Russell, Alfred Tarski, Rudolf Carnap —de quien se consideraba discípulo directo— Kurt Gödel o Alfred J. Ayer. Un revolucionario y ya legendario artículo suyo de 1937 sobre la fundamentación de la lógica y la teoría de conjuntos (“Nueva fundamentación de la lógica matemática”) lo acreditó prontamente en la comunidad científica como lógico de primera magnitud. Andando el tiempo este trabajo se expandió en las obras de madurez de Quine sobre lógica (*Lógica matemática*, 1940) y teoría de conjuntos (*Set theory and its logic*, 1963) que aportó uno de los sistemas más originales y elegantes de cuantos se conocieron. El resultado de una prolongada discusión ya iniciada por entonces entre Carnap y Quine sobre los principios del empirismo —discusión en la que el discípulo, impelido por el rumbo de sus argumentos, se revelaría como parricida del maestro— vino luego a plasmarse en el también revolucionario y seminal ensayo “Dos dogmas del empirismo”, que vio la luz por vez primera en 1951. Sin abandonar el marco filosófico empirista, Quine desafiaba en este escrito, hasta ponerlo del revés, al positivismo lógico. Su primer objetivo lo cumplía relegando al desván de las oscuridades la

distinción de principio (cuya raíz se remonta a Kant) establecida como dogma número uno por los positivistas lógicos entre proposiciones analíticas y sintéticas, que les permitía trazar una clara demarcación entre la lógica y la ciencia empírica. Y el dogma número dos de los positivistas lógicos, según el cual la última instancia decisoria de la verdad de nuestro conocimiento son las proposiciones particulares de la ciencia, aislada o atomísticamente consideradas, quedó asimismo puesto en tela de juicio ante la propuesta holista de Quine, cuya raíz se remonta a Frege, de que no es en tales proposiciones donde reside esa instancia, sino en el estatuto global de nuestras teorías merced al cual decidimos, en nuestra diaria confrontación con la experiencia, aceptar o rechazar cualquier proposición empírica particular. El que abandona o sacrifica su creencia, sea en Júpiter o en las leyes de Newton, lo hace, concluía Quine, siguiendo un mismo proceso, consistente en balancear el conjunto global de nuestras creencias con el conjunto actual de nuestras evidencias.

Los dos ensayos mencionados pasaron a formar parte en 1953 del volumen *Desde un punto de vista lógico* (título que se le antojó a su autor escuchando cantar esas palabras en un calipso a Harry Belafonte). Este libro puso bien de relieve ante la comunidad intelectual que quien lo escribió no sólo era un importante lógico sino también un filósofo importante, émulo sin comparación con ningún otro del afán de Russell por vincular la lógica a la filosofía. Los hombres que han vivido las décadas de la guerra fría han asistido luego al imperturbable y esplendoroso desarrollo del pensamiento maduro de Quine y al lanzamiento de sus tan bien trabadas como controvertidas tesis, desde “el compromiso ontológico” o su eslogan “ser es ser el valor de una variable”, pasando por la “la indeterminación de la traducción” y “la relatividad ontológica”, a la “naturalización de la epistemología”. Todas ellas afectan gravemente a la filosofía de la lógica y del lenguaje, a la filosofía de la ciencia, a la epistemología y a la ontología.

La más crucial de esas tesis, la indeterminación de la traducción, aparecería canónicamente expuesta en *Palabra y objeto* (1960), la principal de las obras de Quine. El hecho de que en zonas del conocimiento científico tan bien reputadas como la física o la teoría de conjuntos no sepamos decidir unánimemente entre teorías rivales —por ejemplo, que no sepamos decidir unánimemente entre la teoría de conjuntos de Zermelo-Fränkel y la teoría de conjuntos de von Neumann-Bernays-Gödel o entre la interpretación determinista y la indeterminista de la física cuántica— pudo verosímilmente ser, al menos en parte, el motivo inspirador y la corroboración de esa audaz tesis de Quine, propuesta por él con ayuda de su celeberrimo experimento mental de la “traducción radical” en que un explorador trata de descifrar en la jungla el lenguaje radicalmente extraño de una tribu. Según esa tesis es posible, en general, elaborar dos manuales de traducción de un mismo lenguaje que sean incompatibles entre sí y cumplan sin embargo satisfactoriamente las condi-

ciones requeridas que garanticen su eficacia. O dicho en términos más científicos que lingüísticos: ante un mismo cuerpo de evidencias resulta posible elaborar teorías distintas que son, por una parte, equivalentemente satisfactorias y, por otra, mutuamente incompatibles.

Si el principio de relatividad y el de indeterminación han acreditado ser inicialmente antagónicos en física, en la ontología de Quine integran propuestas conexas. De la misma manera que no hay, por parte de la realidad, hecho alguno que permita superar la brecha de ambigüedad semántica que se abre entre toda teoría científica y su base empírica (tesis de indeterminación semántica), tampoco hay hecho real alguno que permita liberar a cualquier teoría de una doble dependencia que la hace simultáneamente relativa a una teoría de fondo anterior que le sirve de marco o sistema de coordenadas desde el cual se la formula y a un manual de traducción entre la teoría marco y la formulada (tesis de relatividad ontológica). La consecuencia de ello es que la ontología de esta última teoría formulada, es decir, el universo o población de objetos cuya existencia hemos de reconocer si la teoría en cuestión es verdadera, resulta ser radicalmente inescrutable.

El efecto eliminativo de las tesis de Quine es devastador. En sus manos la lógica simbólica introduce, más aún que en las de Russell, un formidable factor de despoblación ontológica, una iconoclasta navaja de Occam que da al traste con las teorías filosóficas tradicionales (“mitos” y fantasmas en el lenguaje quineano) del significado, la intencionalidad y los actos mentales y con los fenómenos de la intensionalidad y la modalidad en lógica. Pero quien así reduce a tan desolador desierto el paisaje de su ontología, nos da luego la sorpresa de repoblarlo, por modo similar al Russell de los *Principia Mathematica*, con la infinita variedad de objetos abstractos que son las clases lógicas, en pacífica coexistencia con los individuos particulares.

Esta paradójica yuxtaposición de nominalismo y platonismo en Quine responde, por supuesto, a su doble talante, respectivamente, fisicalista y logicista, pero también a su original, radical e idiosincrásica visión del empirismo, que mete en una misma barca en trance de tener que reconstruirse en alta mar —por usar la metáfora que tantas veces él tomó de Neurath— la ciencia y la filosofía. La estrategia adecuada en este apurado trance no consiste para Quine, que se opone diametralmente a Descartes, en la busca de un lugar privilegiado que pudiera servir, como el *cogito*, de punto arquimédico a la filosofía. La estrategia adecuada no estaría, a su juicio, en sucumbir a ninguna ilusión fundacionalista, sino en “naturalizar” pragmáticamente a la epistemología. Si los empiristas clásicos vieron en el atomizado dato sensible el suelo del conocimiento, y los empiristas del Círculo de Viena hicieron del empirismo tradicional, al aceptar la dicotomía kantiana, un empirismo lógico, la proeza de Quine, el más grande y original pensador empirista de la segunda mitad del siglo XX, ha consistido en radicalizar el empirismo de dos maneras: disolviendo, al estilo de Mill, la frontera entre lo lógico y lo empírico, lo cual

tiene por resultado la reducción de la lógica, como asunto empírico, a la más general de las contingencias, y cambiando de manera casi hegeliana, al estilo falibilista de Peirce, la perspectiva atomista por la holista.

Los resultados seguramente no queridos, aunque no del todo inconsistentes con ellas, de las radicales tesis de Quine, quien las atemperó bastante en los últimos años de su vida, no se han hecho esperar. La apelación a esas tesis por parte de Kuhn en apoyo de su teoría del progreso científico, las múltiples y similares invocaciones de la autoridad de las mismas por parte del neopragmatismo de Rorty o el posmodernismo francés, su sintonía con la onda antifundacionalista mundialmente irradiada por la obra del segundo Wittgenstein, o el sorprendente retorno actual de lo reprimido que se manifiesta en la forma de un nuevo y explosivo interés en el seno de la filosofía analítica por las lógicas modales o por los temas del significado y la filosofía de la mente, tópicos todos ellos proscritos por dichas tesis, dejan intacta la talla del gigante que las diseñó.

Mencionar la relación de Quine con España y con la lengua española parece indicado en un obituario escrito para quienes la hablan. Puede que fuese el anciano Ortega el español que por primera vez escribió en letra impresa ese nombre, lo cual tuvo lugar en este pasaje de la postrera lección póstuma sobre la razón histórica que dictó en Lisboa en 1944: “[...] si se abre el último libro importante —que yo sepa— sobre lógica matemática —que es la lógica máxima—, el del americano Willard van Orman Quine, *Mathematical Logic*, New York, 1940 [...]”. Los orteguianos peninsulares, de quienes Julián Marías es modelo, han ignorado el pensamiento analítico en general y el de Quine en particular, pero sus congéneres transatlánticos testimonian lo contrario: Ferrater, paradigma de estos últimos, tiene contraída con Quine una considerable deuda. Entre las nuevas generaciones posteriores a la guerra civil, más interesadas y desde más pronto por la filosofía analítica, probablemente fue, en la España de los sesenta, Manuel Sacristán (excelente e imaginativo traductor de *Desde un punto de vista lógico* y de *Palabra y objeto*) el primer introductor serio aquí de Quine, quien visitaría en la década siguiente la Universidad de Valencia, donde dictó conferencias en olor de multitud, con su idiosincrásico uso de nuestro idioma, y pasó a formar parte, desde los primeros años de su fundación, del Consejo asesor de la revista *Teorema*. Un simposio sobre su pensamiento volvió a traerlo a España, esta vez a Granada, en los años ochenta y posteriormente dictaría el texto de su último libro, *Del estímulo a la ciencia* (1995), en un ciclo de conferencias pronunciado en la catalana Cátedra Ferrater, de Girona. Al interés que mostraron estas últimas generaciones de profesionales españoles de la filosofía por su pensamiento respondió generosamente Quine apadrinándolas de alguna manera en los círculos internacionales. Su autobiografía, *The Time of My Life* (1985), guarda el recuerdo de sus vivencias en España.

La figura humana de Quine fue también, como su obra, grande y original, sencilla y paradójica. Nacido de modesta familia en Akron, Ohio, en 1908, autor de más de veinte libros y una infinidad de artículos, sobrecargado de honores y premios, tan revolucionario en teoría como su antípoda Descartes y tan conservador como éste en materia de costumbres, amante de la música de jazz, que él tocaba, y del folclore mexicano, capaz de dialogar en media docena de idiomas, vinculado durante toda su vida académica a la Universidad de Harvard, donde fue colega del psicólogo conductista Skinner, pero viajero infatigable y curioso cuya resistencia a explorar los rincones del alma dejaba a la suya lista para pasear lípidamente la mirada por todas las esquinas de los más de cien países que visitó, frugal y ordenado según le gustó autodescribirse, su ya proveya silueta más parecía la estampa de uno de esos inolvidables personajes salidos de las páginas de Mark Twain que la de un mandarín de la tecnología que tan al uso está hoy entre los profesores de las universidades americanas y entre los profesores de las universidades no americanas que los imitan. Para revolucionar el mundo de la teoría le bastó su vieja máquina de escribir, una Remington portátil que él mismo modificó en 1927 agregándole unos cuantos signos lógicos y quitándole otros tantos, entre ellos el signo de interrogación, con el que no congeniaba su instinto de certezas. La principal razón de que valorase tanto la nueva lógica no residía, según propia declaración, en el triunfo cosechado por ésta en la tecnología de los computadores (a la que también contribuyó Quine con un conocido algoritmo de teoría de circuitos que lleva su nombre), sino en los resultados obtenidos por la aplicación del punto de vista lógico a la filosofía.

Su talante natural, abierto al diálogo, lo situaba ordinariamente a cien leguas de la pedantería; pero sus lacónicas respuestas noqueaban a veces al interlocutor por su contundencia. En cierta ocasión, en un congreso iberoamericano en México, allá por los años ochenta, le reconoció en conversación privada a un compañero de mesa que era una ironía, que él no vacilaba en calificar de triste, el hecho de que su personal comportamiento lingüístico (dominio de múltiples idiomas con sorprendentemente mínimo tiempo de entrenamiento) parecía confirmar las teorías de su más joven y furibundo adversario Chomsky (que atribuye el aprendizaje de los lenguajes naturales a un mecanismo creador innato en el niño) y desconfirmar las suyas propias, de sabor más conductista, según las cuales el aprendizaje del lenguaje reside en el reforzamiento de su práctica. En otra ocasión menos privada (“Una carta a Mr. Ostermann”, 1964) contestó a la pregunta por las obligaciones sociales del filósofo negando tajantemente la venerada opinión de que la filosofía, empresa para él puramente teórica, sea una medicina social: “En un tiempo de crisis nacional se me antojó que podía ser más útil dejar a un lado mis intereses teóricos y servir en la marina. Y así lo hice, pero éste fue un asunto de conciencia privada, que no guarda la más remota relación con ningún deber especial que tuviera que cumplir como filósofo”, mientras que “toda contribución teó-

rica que sea sustancial es casi un milagro. Nadie tiene la menor obligación de aportar la más leve cosa de tal género. Y todo aquel que, de un modo u otro, contribuya a hacerlo merece simplemente nuestro reconocimiento, sin que por ello incurra en obligación sobreañadida alguna”.

El propio lenguaje parece haber rendido su tributo al hombre a quien tanto obsesionó de por vida el problema de las palabras y su referencia. La página *web* de internet dedicada a Quine nos recuerda que este último vocablo (su apellido celta paterno “Quine”, oriundo de la Isla de Man) ha pasado a enriquecer dos léxicos: en el diccionario inglés de Oxford la voz *quinean*, “quineano”, designa “lo perteneciente a, o característico de, Willard van Orman Quine o sus teorías”; y en un diccionario de *hackers* (*The New Hackers Dictionary*) el término *quine*, tomado del nombre del filósofo, bautiza a un programa autorreproductivo en lenguaje Lisp que divierte a los miembros de este gremio. Sabido es, por otra parte, que en su breve diccionario humorístico de filósofos actuales Dan Dennett ha acuñado el verbo *to quine* (“quinear”) para referirse, con aprobador regocijo del pensador de cuyo nombre procede ese verbo, a la acción de repudiar las distinciones claras.

Apartado 118

E-28660, Boadilla del Monte, Madrid